

Contaminando el fondo del mar con mal cine: *City Beneath the Sea* de Irwin Allen (1970).

Eco ilógico

POR RODRIGO FRESÁN

La ecología –por definición– es el estudio de organismos en relación con su ambiente. Asunto más o menos nuevo: el primer trabajo serio -*Animal Ecology* de Charles Eton– es de 1927. De ahí que el boom de la ecología haya coincidido con el de la ciencia-ficción y, muy a menudo, corran de la mano y se detengan a ver lo que vendrá desde el borde del abismo desde el que, una y otra, predicen sucesivos apocalipsis que no son más que el resultado de una sola –y aparentemente imposible de modificar–conducta: la irresponsabilidad del ser humano y su inercial tendencia al suicidio en cámara lenta. Lo que Noam Chomsky define como "el hombre como una especie de mutación letal". Así –ver y leer Ballard– abundan los holocaustos ambientales en los que nuestro planeta se cristaliza, se inunda, es arrasado por vientos o sequías. Así –ver y leer a Dick– no demoramos demasiado en contaminar los canales de Marte. Más recientemente pero menos futurístico, el eco-thriller *Zodiac* de Neal Stephenson nos habla de un presente inmediato, nos cuenta la épica de un tal Sangamon Taylor quien a bordo de su embarcación se consagra como guerrero ecologista post Greenpeace perseguido por el FBI, la mafia y, ya que estamos, una banda de drogadictos satánicos mientras a su alrededor el mundo se hunde y el mar se pudre. Aquí y ahora, los pronósticos son, ya saben, un tanto alarmantes: nuevas enfermedades, próximo agotamiento del petróleo (a ser sustituido por el hidrógeno), más catástrofes naturales, bestiales movimientos migratorios, desaparición de 2,6 millones de especies animales en los próximos 100 años, tala de unos dos millones de hectáreas al año de la selva amazónica, un calentamiento de la Tierra entre 2 y 6 grados que hará navegable el Polo Norte y un retorno a los océanos como espacio habitable en donde alzar ciudades submarinas. Se habla de una apocalipsis sin prisa, pero, también, sin pausa a la que la medida de la vida humana promedio parece ignorar para pasarle la posta a la próxima. "Salvo catástrofe fruto de la locura humana o cataclismo, como el que produjo la desaparición de los dinosaurios, que suele producirse una vez cada cien millones de años, no veremos el fin del mundo durante el siglo XXI", tranquilizó alguien hace poco. Una cosa es segura: los últimos no sólo no van a reír mejor sino que, probablemente, no tengan dientes ni nada para masticar. Este relato de Alfed Elton Van Gogt advierte sobre las posibilidades de otros mundos y bosques con un drástico sentido de la conservación de sus recursos naturales.

Proc

Contaminadores cósmicos de *I Criminali della Galassia* (1965).

Alfred E. Van Vogt, autor de la primera novela no aristotélica, El mundo de No-A, *es un especialista en zoología y botánica galácticas.*

POR A. E. VAN VOGT

El bosque respiraba y vivía a la luz brillante del sol lejano. La nave había descendido atravesando las nieblas tenues de la alta atmósfera, pero el bosque, a pesar de que era sistemáticamente hostil a todas las cosas extrañas, no se mostró alarmado en seguida.

En decenas de miles de kilómetros cuadrados, las raíces del bosque se entrelazaban bajo la superficie del suelo y las innumerables copas de los árboles se balanceaban descuidadamente movidas por las brisas ociosas. Y más allá, sobre las lomas y las montañas, y a lo largo de una costa marina casi interminable, se extendían otros bosques también poderosos.

El bosque protegía el suelo contra una amenaza apenas comprensible desde tiempos inmemoriales. Empezaba a recordar ahora, lentamente, qué amenaza era ésa: naves que descendían del cielo. No recordaba cómo se había defendido en el pasado, pero sí que había sido necesario defenderse.

Mientras el bosque advertía cada vez más claramente la presencia de la nave en el cielo gris rojizo, las hojas susurraron un relato intemporal de batallas libradas y ganadas. Los pensamientos descendieron lentamente por los canales sensorios, y las ramas tiesas de millares de árboles temblaron casi imperceptiblemente. El temblor creció y afectó a todos los árboles, y en el bosque nacieron gradualmente un sonido y una tensión. Al principio fueron muy leves, como una brisa que estremece las hierbas verdes de un prado, pero pronto invadieron todo el bosque, y el bosque mismo esperó, vibrando, hostil, la llegada de esa cosa celeste.

La nave dejó su trayectoria y descendió. Ahora que estaba cerca del suelo parecía más veloz y de mayor tamaño. Planeó, amenazante, sobre el bosque y descendió aún más sin prestar atención a las copas de los árboles. Inflamó tallos, quebró ramas y barrió árboles enteros, como si fuesen criaturas insignificantes sin peso y sin vigor.

La nave se abrió paso por el bosque, que gruñó y aulló. Al fin se posó, hundiéndose pesadamente en el suelo, tres kilómetros más allá del sitio donde había tocado el primer árbol. Detrás, las filas de árboles rotos gemían y palpitaban a la luz del sol. Un camino de destrucción largo y recto. El bosque recordó de pronto que esto era exactamente lo que había ocurrido en el pasado.

Se amputó ante todo las partes dolorosas. Retiró la savia, y la vibración cesó en las áreas afectadas. Más tarde enviaría nuevos brotes para reemplazar lo que había sido destruido, pero antes tenía que aceptar esa muerte parcial. Conoció el miedo.

Era un miedo teñido de cólera. Sintió el peso de la nave sobre unos troncos aplastados, en una parte de él mismo que aún no estaba muerta. Sintió la frialdad y la dureza de las paredes de acero, y su miedo y su cólera aumentaron.

Un susurro de pensamiento se le propagó como un latido por los canales sensorios. Espera, decía el pensamiento, hay recuerdos en mí. Recuerdos de hace mucho tiempo y de otras naves.

Los recuerdos no eran claros. Tenso, pero inseguro, el bosque se dispuso a lanzar su primer ataque. Comenzó a crecer alrededor del navío.

Había conocido el poder del crecimiento mucho tiempo atrás. En una época no había sido tan extenso como ahora. Y entonces, un día, descubrió que se acercaba a otro bosque.

Las dos masas de árboles jóvenes, los dos colosos de entrelazadas raíces se acercaron uno a otro prudentemente, lentamente, asombrados de que una forma de vida similar hubiese podido existir todo este tiempo. Se acercaron, se tocaron y lucharon.

Durante esa lucha prolongada, casi todas las partes centrales del bosque dejaron de crecer. En los árboles no aparecieron ramas nuevas. Las hojas tuvieron que endurecerse para cumplir sus funciones durante períodos más largos. Las raíces se desarrollaron lentamente. Toda la fuerza disponible del bosque se concentró en los medios de defensa y de ataque.

Muros de árboles se levantaron en una noche. Raíces enormes abrieron túneles subterráneos, kilométricos, atravesando rocas y metales, edificando una barrera de madera viva para detener la invasión. En la superficie, los troncos se apretaron unos contra otros formando empalizadas de un kilómetro de largo. Al fin la gran batalla se detuvo y los dos bosques aceptaron los obstáculos levantados por el enemigo.

Más tarde el bosque detuvo a otro nuevo atacante que se acercó desde otra dirección.

Estos límites fueron pronto para el bosque una demarcación tan natural como el océano que se extendía al sur o las nieves eternas de las montañas.

Como en esas batallas, el bosque concentró todas sus fuerzas contra el navío invasor. Unos árboles crecieron varios metros en pocos minutos. Unas plantas trepadoras escalaron esos árboles y subieron al navío. Este torrente vegetal corrió sobre el casco y se anudó a los árboles del lado opuesto. Las raíces de estos árboles se hundieron más profundamente en el suelo y se clavaron en unos estratos rocosos más resistentes que ninguna nave. Los troncos fueron más voluminosos y las lianas se transformaron en cables enormes.

Los recuerdos no eran claros. Tenso, pero inseguro, el bosque se dispuso a lanzar su primer ataque. Comenzó a crecer alrededor del navío.

Cuando cayó la noche, la nave estaba sepultada bajo miles de toneladas de madera, completamente oculta por el follaje.

Poco después de las primeras sombras de la noche, unas raíces diminutas empezaron a tantear bajo la nave. Eran infinitamente pequeñas, tan pequeñas que en esta fase inicial tenían un diámetro apenas superior a unas pocas docenas de átomos, tan pequeñas que el metal aparentemente sólido era para ellas casi un vacío. Las raíces penetraron sin esfuerzo en el acero templado.

En este momento, casi como si hubiese estado esperándolo, la nave respondió. El metal se calentó hasta ponerse al rojo vivo. No era necesario más. Las raíces diminutas se retorcieron y murieron. Las más grandes ardieron lentamente.

Al nivel del suelo unas llamas salieron de la nave por un centenar de orificios. El fuego alcanzó primero a las lianas, luego a los árboles. No era ésta sin embargo la explosión de un fuego incontrolable, ni una furiosa conflagración que saltase de árbol en árbol con furia incontenible. El bosque había aprendido hacía mucho tiempo a dominar los incendios provocados por relámpa-

Proceso

Contaminadores cósmicos de *I Criminali della Galassia* (1965).

Alfred E. Van Vogt, autor de la primera novela no aristotélica, El mundo de No-A, *es un especialista en zoología y botánica galácticas.*

POR A. E. VAN VOGT

El bosque respiraba y vivía a la luz brillante del sol lejano. La nave había descendido atravesando las nieblas tenues de la alta atmósfera, pero el bosque, a pesar de que era sistemáticamente hostil a todas las cosas extrañas, no se mostró alarmado en seguida.

En decenas de miles de kilómetros cuadrados, las raíces del bosque se entrelazaban bajo la superficie del suelo y las innumerables copas de los árboles se balanceaban descuidadamente movidas por las brisas ociosas. Y más allá, sobre las lomas y las montañas, y a lo largo de una costa marina casi interminable, se extendían otros bosques también poderosos.

El bosque protegía el suelo contra una amenaza apenas comprensible desde tiempos inmemoriales. Empezaba a recordar ahora, lentamente, qué amenaza era ésa: naves que descendían del cielo. No recordaba cómo se había defendido en el pasado, pero sí que había sido necesario defenderse.

Mientras el bosque advertía cada vez más claramente la presencia de la nave en el cielo gris rojizo, las hojas susurraron un relato intemporal de batallas libradas y ganadas. Los pensamientos descendieron lentamente por los canales sensorios, y las ramas tiesas de millares de árboles temblaron casi imperceptiblemente. El temblor creció y afectó a todos los árboles, y en el bosque nacieron gradualmente un sonido y una tensión. Al principio fueron muy leves, como una brisa que estremece las hierbas verdes de un prado, pero pronto invadieron todo el bosque, y el bosque mismo esperó, vibrando, hostil, la llegada de esa cosa celeste.

La nave dejó su trayectoria y descendió. Ahora que estaba cerca del suelo parecía más veloz y de mayor tamaño. Planeó, amenazante, sobre el bosque y descendió aún más sin prestar atención a las copas de los árboles. Inflamó tallos, quebró ramas y barrió árboles enteros, como si fuesen criaturas insignificantes sin peso y sin vigor.

La nave se abrió paso por el bosque, que gruñó y aulló. Al fin se posó, hundiéndose pesadamente en el suelo, tres kilómetros más allá del sitio donde había tocado el primer árbol. Detrás, las filas de árboles rotos gemían y palpitaban a la luz del sol. Un camino de destrucción largo y recto. El bosque recordó de pronto que esto era exactamente lo que había ocurrido en el pasado.

Se amputó ante todo las partes dolorosas. Retiró la savia, y la vibración cesó en las áreas afectadas. Más tarde enviaría nuevos brotes para reemplazar lo que había sido destruido, pero antes tenía que aceptar esa muerte parcial. Conoció el miedo.

Era un miedo teñido de cólera. Sintió el peso de la nave sobre unos troncos aplastados, en una parte de él mismo que aún no estaba muerta. Sintió la frialdad y la dureza de las paredes de acero, y su miedo y su cólera aumentaron.

Un susurro de pensamiento se le propagó como un latido por los canales sensorios. Espera, decía el pensamiento, hay recuerdos en mí. Recuerdos de hace mucho tiempo y de otras naves.

Los recuerdos no eran claros. Tenso, pero inseguro, el bosque se dispuso a lanzar su primer ataque. Comenzó a crecer alrededor del navío.

Había conocido el poder del crecimiento mucho tiempo atrás. En una época no había sido tan extenso como ahora. Y entonces, un día, descubrió que se acercaba a otro bosque.

Las dos masas de árboles jóvenes, los dos colosos de entrelazadas raíces se acercaron uno a otro prudentemente, lentamente, asombrados de que una forma de vida similar hubiese podido existir todo este tiempo. Se acercaron, se tocaron y lucharon.

Durante esa lucha prolongada, casi todas las partes centrales del bosque dejaron de crecer. En los árboles no aparecieron ramas nuevas. Las hojas tuvieron que endurecerse para cumplir sus funciones durante períodos más largos. Las raíces se desarrollaron lentamente. Toda la fuerza disponible del bosque se concentró en los medios de defensa y de ataque.

> Los recuerdos no eran claros. Tenso, pero inseguro, el bosque se dispuso a lanzar su primer ataque. Comenzó a crecer alrededor del navío.

Muros de árboles se levantaron en una noche. Raíces enormes abrieron túneles subterráneos, kilométricos, atravesando rocas y metales, edificando una barrera de madera viva para detener la invasión. En la superficie, los troncos se apretaron unos contra otros formando empalizadas de un kilómetro de largo. Al fin la gran batalla se detuvo y los dos bosques aceptaron los obstáculos levantados por el enemigo.

Más tarde el bosque detuvo a otro nuevo atacante que se acercó desde otra dirección.

Estos límites fueron pronto para el bosque una demarcación tan natural como el océano que se extendía al sur o las nieves eternas de las montañas.

Como en esas batallas, el bosque concentró todas sus fuerzas contra el navío invasor. Unos árboles crecieron varios metros en pocos minutos. Unas plantas trepadoras escalaron esos árboles y subieron al navío. Este torrente vegetal corrió sobre el casco y se anudó a los árboles del lado opuesto. Las raíces de estos árboles se hundieron más profundamente en el suelo y se clavaron en unos estratos rocosos más resistentes que ninguna nave. Los troncos fueron más voluminosos y las lianas se transformaron en cables enormes.

Cuando cayó la noche, la nave estaba sepultada bajo miles de toneladas de madera, completamente oculta por el follaje.

Poco después de las primeras sombras de la noche, unas raíces diminutas empezaron a tantear bajo la nave. Eran infinitamente pequeñas, tan pequeñas que en esta fase inicial tenían un diámetro apenas superior a unas pocas docenas de átomos, tan pequeñas que el metal aparentemente sólido era para ellas casi un vacío. Las raíces penetraron sin esfuerzo en el acero templado.

En este momento, casi como si hubiese estado esperándolo, la nave respondió. El metal se calentó hasta ponerse al rojo vivo. No era necesario más. Las raíces diminutas se retorcieron y murieron. Las más grandes ardieron lentamente.

Al nivel del suelo unas llamas salieron de la nave por un centenar de orificios. El fuego alcanzó primero a las lianas, luego a los árboles. No era ésta sin embargo la explosión de un fuego incontrolable, ni una furiosa conflagración que saltase de árbol en árbol con furia incontenible. El bosque había aprendido hacía mucho tiempo a dominar los incendios provocados por relámpagos o por la combustión espontánea.Bastaba con enviar savia. Cuanto más verde fuese el árbol, más lo embebía la savia, y más pronto se debilitaba el fuego.

El bosque no recordó en seguida haber enfrentado nunca un fuego capaz de devorar una hilera de árboles que rezumaban un líquido viscoso por todas las grietas de la corteza. Este fuego podía hacerlo. No se parecía a los otros. No se alimentaba de la madera, sino de su propia energía.

Esta comprobación devolvió al fin la memoria al bosque: el recuerdo vivo e inconfundible de lo que había hecho hacía mucho tiempo para librarse a sí mismo, y librar a este planeta, de una nave semejante.

Se retiró primeramente de las cercanías del navío, abandonando la masa de madera y hojas con que había querido aprisionarlo. A medida que la preciosa savia se reincorporaba a los árboles que formarían una segunda línea de defensa, las llamas se hicieron más brillantes, iluminando la escena con un resplandor feérico.

Esto ocurrió poco antes de que el bosque comprendiera que las lenguas de fuego no salían ya de la nave, y que la incandescencia y el humo provenían de una madera que ardía normalmente.

Esto también, recordó, había ocurrido antes.

Frenéticamente, aunque con repugnancia, recurrió al único método –se daba cuenta ahora– que podía librarla del intruso. Frenéticamente porque comprendía que el fuego de la nave era capaz de destruir bosques enteros. Con repugnancia porque este método de defensa significaba sufrir quemaduras a causa de una energía apenas menos violenta.

Decenas de millares de raíces se hundieron en suelos y formaciones rocosas que el bosque había evitado cuidadosamente desde la llegada de la última nave. No había tiempo que perder, pero el proceso en sí mismo era lento. Raíces minúsculas, estremeciéndose con anticipado desagrado, en remotos y escondidos yacimientos, y mediante un complejo proceso de ósmosis, retiraron granos de metal puro del mineral impuro original. Los granos eran tan pequeños como las raíces que habían atravesado poco antes las paredes de acero del navío, suficientemente pequeños para que la savia los llevase en suspensión por laberintos de raíces mayores.

> Esta comprobación devolvió al fin la memoria al bosque: el recuerdo vivo e inconfundible de lo que había hecho hacía mucho tiempo para librarse a sí mismo, y librar a este planeta, de una nave semejante.

Pronto miles y luego millones de granos se movieron por los canales. Y aunque cada uno de estos granos era en sí mismo imperceptible, el suelo donde fueron depositados comenzó a brillar a la luz del incendio moribundo. En el momento en que el sol asomaba en el horizonte, un círculo plateado de trescientos metros de diámetro rodeaba la nave.

La nave reaccionó cerca del mediodía. Abrió una docena de escotillas y unos objetos salieron flotando. Se posaron en el suelo y comenzaron a aspirar este polvo blanquecino con unas mangueras. Trabajaban continuamente y con muchas precauciones, pero una hora antes de la caída del día habían recogido más de doce toneladas de uranio 235.

Al llegar la noche, todas las cosas de dos patas desaparecieron en el interior de la nave. Las escotillas se cerraron. La larga nave de forma de torpedo se elevó ligeramente y subió a los cielos más altos donde aún brillaba el sol.

El bosque advirtió la nueva situación cuando las raíces que se habían hundido profundamente bajo la nave informaron que la presión había disminuido. Algunas horas después el bosque decidió que el enemigo ya no estaba en el planeta. Pasaron varias horas más antes que entendiera que era necesario retirar el uranio de la zona, pues las radiaciones se extendían demasiado.

El accidente que ocurrió entonces tuvo un motivo muy simple. El bosque había sacado la sustancia radiactiva de las rocas. Para librarse de ella bastaba depositarla en los lechos rocosos más próximos, principalmente los que absorbían la radiactividad. Para el bosque la situación era obvia.

La explosión ocurrió una hora después.

Era algo que excedía la capacidad de comprensión del bosque. No vio ni oyó la colosal silueta de la muerte. Lo que experimentó fue bastante. Un huracán arrasó varios kilómetros cuadrados de árboles. La ola de calor y radiación engendró fuegos que ardieron durante horas.

El miedo se borró poco a poco, cuando el bosque recordó que esto también había ocurrido antes. Mucho más clara que el recuerdo fue la visión de una posibilidad.

Poco después del alba, al día siguiente, lanzó su ataque. La víctima fue el bosque que lo había invadido originalmente, según sus propios y defectuosos recuerdos.

A lo largo de todo el frente que separaba a los dos colosos, se desencadenaron unas pequeñas explosiones atómicas. La irresistible energía derribó la barrera apretada de árboles que era la defensa exterior del otro bosque.

El enemigo, reaccionando normalmente, recurrió a sus reservas de savia. Cuando estaba dedicado a la tarea de erigir una nueva muralla, las explosiones comenzaron otra vez y destruyeron la reserva. El bosque adversario estaba perdido realmente, pues no entendía qué pasaba.

El bosque atacante envió un ejército de raíces a la tierra de nadie donde se habían sucedido las explosiones. Cada vez que encontraba alguna resistencia provocaba una explosión atómica. Poco después del mediodía un estallido titánico destruyó los sensibles árboles centrales del adversario y la lucha terminó.

El bosque tardó meses en tomar posesión del territorio enemigo, arrancando raíces moribundas, derribando árboles indefensos. Cuando completó esta tarea, se volvió furiosamente contra el bosque del otro extremo y descargó sobre él una lluvia de fuego.

El adversario respondió con las mismas armas. Explosiones atómicas.

Los conocimientos del bosque atacante habían pasado al otro a través de la barrera de raíces entrelazadas.

Los dos monstruos casi se destruyeron mutuamente, transformándose en mutilados, y tuvieron que poner en marcha el doloroso proceso de un nuevo crecimiento.

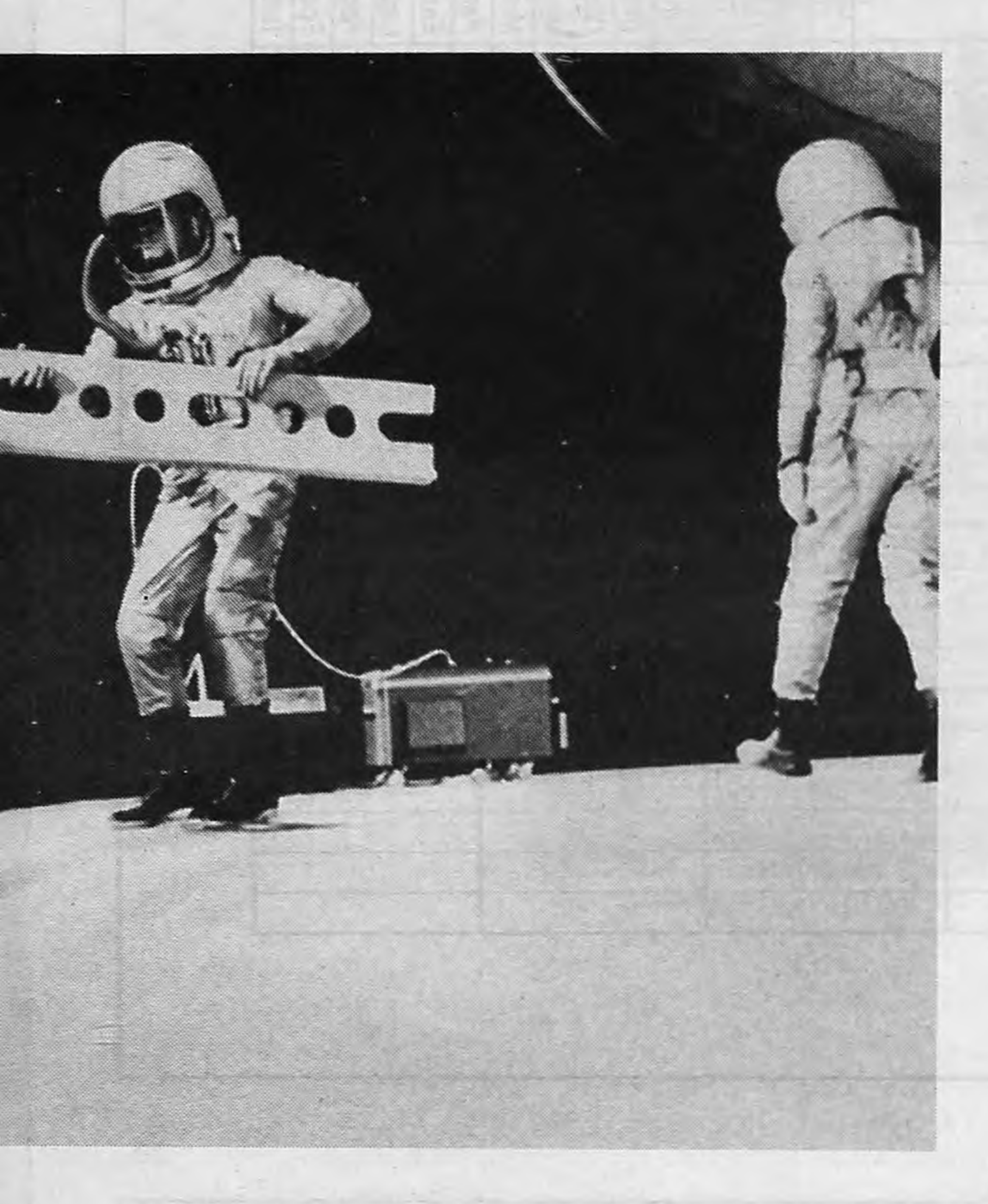
Pasó el tiempo y los recuerdos se debilitaron. Esto no tenía mucha importancia. Las naves llegaban ahora una tras otra. Aunque el bosque hubiese recordado no habría atacado a las naves con explosiones atómicas.

El único método para alejar esas naves era rodearlas con una fina capa de polvo radiactivo. Las naves recogían el material y se retiraban rápidamente.

La victoria era siempre fácil.

DE REVISTA *MINOTAURO*. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE EDICIONES MINOTAURO.

ceso



gos o por la combustión espontánea.Bastaba con enviar savia. Cuanto más verde fuese el árbol, más lo embebía la savia, y más pronto se debilitaba el fuego.

El bosque no recordó en seguida haber enfrentado nunca un fuego capaz de devorar una hilera de árboles que rezumaban un líquido viscoso por todas las grietas de la corteza. Este fuego podía hacerlo. No se parecía a los otros. No se alimentaba de la madera, sino de su propia energía.

Esta comprobación devolvió al fin la memoria al bosque: el recuerdo vivo e inconfundible de lo que había hecho hacía mucho tiempo para librarse a sí mismo, y librar a este planeta, de una nave semejante.

Se retiró primeramente de las cercanías del navío, abandonando la masa de madera y hojas con que había querido aprisionarlo. A medida que la preciosa savia se reincorporaba a los árboles que formarían una segunda línea de defensa, las llamas se hicieron más brillantes, iluminando la escena con un resplandor feérico.

Esto ocurrió poco antes de que el bosque comprendiera que las lenguas de fuego no salían ya de la nave, y que la incandescencia y el humo provenían de una madera que ardía normalmente.

Esto también, recordó, había ocurrido antes.

Frenéticamente, aunque con repugnancia, recurrió al único método –se daba cuenta ahora– que podía librarla del intruso. Frenéticamente porque comprendía que el fuego de la nave era capaz de destruir bosques enteros. Con repugnancia porque este método de defensa significaba sufrir quemaduras a causa de una energía apenas menos violenta.

Decenas de millares de raíces se hundieron en suelos y formaciones rocosas que el bosque había evitado cuidadosamente desde la llegada de la última nave. No había tiempo

Esta comprobación devolvió al fin la memoria al bosque: el recuerdo vivo e inconfundible de lo que había hecho hacía mucho tiempo para librarse a sí mismo, y librar a este planeta, de una nave semejante.

que perder, pero el proceso en sí mismo era lento. Raíces minúsculas, estremeciéndose con anticipado desagrado, en remotos y escondidos yacimientos, y mediante un complejo proceso de ósmosis, retiraron granos de metal puro del mineral impuro original. Los granos eran tan pequeños como las raíces que habían atravesado poco antes las paredes de acero del navío, suficientemente pequeños para que la savia los llevase en suspensión por laberintos de raíces mayores.

Pronto miles y luego millones de granos se movieron por los canales. Y aunque cada uno de estos granos era en sí mismo imperceptible, el suelo donde fueron depositados comenzó a brillar a la luz del incendio moribundo. En el momento en que el sol asomaba en el horizonte, un círculo plateado de trescientos metros de diámetro rodeaba la nave.

La nave reaccionó cerca del mediodía. Abrió una docena de escotillas y unos objetos salieron flotando. Se posaron en el suelo y comenzaron a aspirar este polvo blanquecino con unas mangueras. Trabajaban continuamente y con muchas precauciones, pero una hora antes de la caída del día habían recogido más de doce toneladas de uranio 235.

Al llegar la noche, todas las cosas de dos patas desaparecieron en el interior de la nave. Las escotillas se cerraron. La larga nave de forma de torpedo se elevó ligeramente y subió a los cielos más altos donde aún brillaba el sol.

El bosque advirtió la nueva situación cuando las raíces que se habían hundido profundamente bajo la nave informaron que la presión había disminuido. Algunas horas después el bosque decidió que el enemigo ya no estaba en el planeta. Pasaron varias horas más antes que entendiera que era necesario retirar el uranio de la zona, pues las radiaciones se extendían demasiado.

El accidente que ocurrió entonces tuvo un motivo muy simple. El bosque había sacado la sustancia radiactiva de las rocas. Para librarse de ella bastaba depositarla en los lechos rocosos más próximos, principalmente los que absorbían la radiactividad. Para el bosque la situación era obvia.

La explosión ocurrió una hora después.

Era algo que excedía la capacidad de comprensión del bosque. No vio ni oyó la colosal silueta de la muerte. Lo que experimentó fue bastante. Un huracán arrasó varios kilómetros cuadrados de árboles. La ola de calor y radiación engendró fuegos que ardieron durante horas.

El miedo se borró poco a poco, cuando el bosque recordó que esto también había ocurrido antes. Mucho más clara que el recuerdo fue la visión de una posibilidad.

Poco después del alba, al día siguiente, lanzó su ataque. La víctima fue el bosque que lo había invadido originalmente, según sus propios y defectuosos recuerdos.

A lo largo de todo el frente que separaba a los dos colosos, se desencadenaron unas pequeñas explosiones atómicas. La irresistible energía derribó la barrera apretada de árboles que era la defensa exterior del otro bosque.

El enemigo, reaccionando normalmente, recurrió a sus reservas de savia. Cuando estaba dedicado a la tarea de erigir una nueva muralla, las explosiones comenzaron otra vez y destruyeron la reserva. El bosque adversario estaba perdido realmente, pues no entendía qué pasaba.

El bosque atacante envió un ejército de raíces a la tierra de nadie donde se habían sucedido las explosiones. Cada vez que encontraba alguna resistencia provocaba una explosión atómica. Poco después del mediodía un estallido titánico destruyó los sensibles árboles centrales del adversario y la lucha terminó.

El bosque tardó meses en tomar posesión del territorio enemigo, arrancando raíces moribundas, derribando árboles indefensos. Cuando completó esta tarea, se volvió furiosamente contra el bosque del otro extremo y descargó sobre él una lluvia de fuego.

El adversario respondió con las mismas armas. Explosiones atómicas.

Los conocimientos del bosque atacante habían pasado al otro a través de la barrera de raíces entrelazadas.

Los dos monstruos casi se destruyeron mutuamente, transformándose en mutilados, y tuvieron que poner en marcha el doloroso proceso de un nuevo crecimiento.

Pasó el tiempo y los recuerdos se debilitaron. Esto no tenía mucha importancia. Las naves llegaban ahora una tras otra. Aunque el bosque hubiese recordado no habría atacado a las naves con explosiones atómicas.

El único método para alejar esas naves era rodearlas con una fina capa de polvo radiactivo. Las naves recogían el material y se retiraban rápidamente.

La victoria era siempre fácil.

7

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1						■					■
2		■								■	
3			■						■		
4		■		■							
5					■		■				
6	■					■					■
7					■		■				
8								■		■	
9			■						■		
10		■								■	
11	■					■					

AYUDAS: BUTAN, OVOLO

HORIZONTALES

1. Vasija con asa, de boca ancha./ Primer hombre.
2. Obsequien.
3. Artículo femenino./ Territorio de Gran Bretaña./ Abreviatura de míster.
4. Sabor desagradable que deja algo.
5. Afecto, cariño./ Transpira.
6. Líquido anestésico./ Colocada en un sitio.
7. Que puede servir./ En algunas partes, macho de la rana.
8. Criadero de ranas (pl.).
9. Quinientos cincuenta, en números romanos./ Tener mérito o precio./ Artículo neutro.
10. Tehuelche, indio de pies grandes, habitante del sur de la Argentina.
11. Período de sesenta minutos./ Gordo, adiposo.

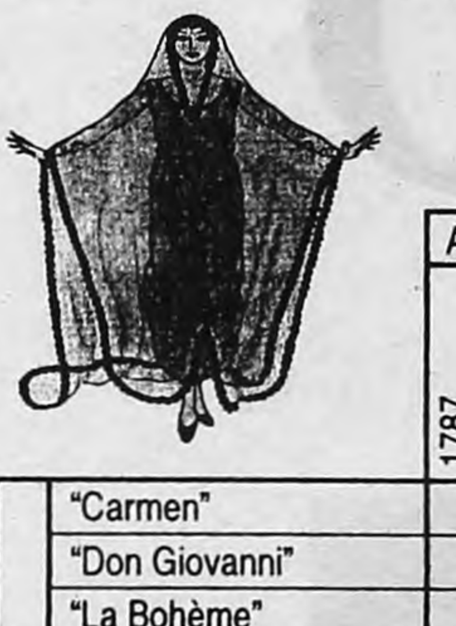
VERTICALES

1. Hija de Julio César y esposa de Pompeyo./ Maquina, prepara, trama.
2. Cuerpo simple, sólido y brilloso.
3. Iniciales del actor Redford./ Rebelión./ Río de Italia.
4. Abreviatura de régimen./ Exonerar de un cargo u obligación.
5. Según la Biblia, esclava de Abraham, que se casó con él y fue madre de Ismael./ Roedor que trasmite la peste.
6. (Leandro N.) Político argentino./ Pieza de la armadura que cubría la garganta.
7. Especie de cerveza inglesa (pl.)./ Cortó mieses con la hoz.
8. Soltar, desprender./ Zumo de fruta mezclado con miel.
9. Prefijo privativo./ Reino independiente de Asia./ Noreste.
10. Hagan mediciones.
11. Parte delantera de una embarcación./ En arquitectura, cuarto bocel.

PERSONAJES DE OPERA

En las óperas siempre aparecen personajes femeninos y masculinos. Mientras tararea un fragmento de "Carmen" deduzca en qué año se estrenó cada pieza y quiénes fueron sus principales personajes.

1. "Don Giovanni" y "La flauta mágica" fueron creaciones de Mozart, (ambas del siglo XVIII), la de 1896 pertenece a Puccini, Gilda fue imaginada por Verdi y Escamillo por Bizet.
2. Los amantes más famosos fueron Mimí y Rodolfo, que no pertenecen a "Don Giovanni" ni a "Rigoletto", ya que son de la ópera est[...] en 1896.
3. Sparafucile es el personaje de la ópera est[...] en 1851 y Micaela es de "Carmen" (q[...] estrenada en otro año).
4. Doña Ana apareció en escena años ante[...] Tamino se lo viera en "La flauta mágic[...]



		AÑO					FEMENINO					MASCULINO				
		1787	1791	1851	1875	1896	Doña Ana	Gilda	Micaela	Mimí	Pamina	Escamillo	Leporello	Rodolfo	Sparafucile	Tamino
OBRA	"Carmen"															
	"Don Giovanni"															
	"La Bohème"															
	"La flauta mágica"															
	"Rigoletto"															
MASCULINO	Escamillo															
	Leporello															
	Rodolfo															
	Sparafucile															
	Tamino															
FEMENINO	Doña Ana															
	Gilda															
	Micaela															
	Mimí															
	Pamina															

OBRA	AÑO	FEMENINO	MASCULINO

CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Películas inspiradas en personajes reales

1. "Tom & Viv" — **A. Jake La Motta**
2. "Una temporada de incendios" — **B. C. Mendes**
3. "El toro salvaje" — **C. Janis Joplin**
4. "La rosa" — **D. T. S. Eliot**

Revistas

1. Cambio 16 — **A. España**
2. Time — **B. Alemania**
3. Stern — **C. Estados Unidos**
4. Paris-Match — **D. Francia**

Poderosos

1. Sultán — **A. Príncipe árabe**
2. Emir — **B. Doctor mahometano**
3. Khan — **C. Emperador turco**
4. Ulema — **D. Príncipe persa**

La gente...

1. Mitómano — **A. El que odia a las mujeres**
2. Cleptómano — **B. El que miente**
3. Erotómano — **C. El afecto al amor sensual**
4. Misógino — **D. El que hurta**

CORRESPONDENCAS

Películas inspiradas en personajes reales: 1-D, 2-B, 3-A, 4-C. **Revistas:** 1-A, 2-C, 3-B, 4-D. **Poderosos:** 1-C, 2-A, 3-D, 4-B. **La gente...:** 1-B, 2-D, 3-C, 4-A.

PERSONAJES DE OPERA

"Carmen", 1875, Micaela, Escamillo.
"Don Giovanni", 1787, Doña Ana, Leporello.
"La bohème", 1896, Mimí, Rodolfo.
"La flauta mágica", 1791, Pamina, Tamino.
"Rigoletto", 1851, Gilda, Sparafucile.

SOLUCIONES

7

